

turalmente, del recinto de la gran craticula o parrilla laurentina, donde aquél que era señor del mundo se encerró para morir, meditando en la inania de las grandezas terrenales.

No: por más que hago, no acabo de concertar la significación del grave Escorial, con la institución poética de Clemencia Isaura.

Y estoy por decir que la bulliciosa fiesta me echa a perder ese melancólico y majestuoso asilo del que pronunció palabras dignas de un asceta indiano o de un solitario de la Tebaida, que ve, bajo el oropel, la ceniza, y que ha descendido al fondo abismal de la contemplación.

**

En ningún monumento mejor que en el Escorial se ha sellado y marcado indeleblemente el espíritu de España.

Por varios conceptos, el Escorial es doblemente representativo que ninguna Catedral gótica.

En este concepto, razón tuvieron Quintana y Núñez de Arce cuando hicieron del Escorial algo simbólico, la esencia misma de lo que constituyó nuestro poderío y nuestra decadencia.

En otros países, no concibo el Escorial; lo hacen nuestro, expresivo de nuestro ser, tantas circunstancias, que el historiador y el pensador se detienen atónitos ante la mole de la cual dice Benavente que es a la vez palacio, templo y tumba, y pudiera añadir, también cenobio.

La arquitectura del Escorial parece greco-romana, y no lo es sino en cierto respecto, en el de la sencillez robusta; pero el estilo pagano está vestido a la española, lleva un sayal, y tiñe y caracteriza su conjunto aquel peculiar ascetismo del fundador.

La robustez se la dió el Renacimiento; el fervor, que trasmana de las enormes masas graníticas, irradió del alma española del siglo XVI, capaz de levantar en peso al planeta.

**

Y yo, por un momento, y sin tratar de hacer competencia a los dos poetas del *Panteón del Escorial* y de *Miserere* me sugestiono que las estatuas, obra sublime de Pompeyo Leoni, que se alzan en el presbiterio de la basilica, se animan y se mueven y el calor de la vida discurre por sus bultos de bronce dorado...

Felipe II se pone en pie, arrastrando su manto magnífico, que luce bordadas las armas españolas; y tras él, mudas, nostálgicas, caminan sus tres esposas, las arrodilladas a su lado, por la eternidad; y una de ellas aparece, si no en la historia documental, en la leyenda, como protagonista de un terrible drama propio de los tiempos fabulosos, en que la historia de Fedra inspiraba a los trágicos; y avanza también, macilento y huraño, el otro supuesto héroe del drama, el Príncipe D. Carlos, convertido por dramaturgos y libretistas de ópera en enamorado romántico y en reformador de la humanidad, y peor tratado por la naturaleza, que hizo de él un degenerado y un epiléptico...

Y estas figuras de metal, animadas, como la del Comendador, por el soplo de la fantasía, miran asombradas desarrollarse la comitiva suntuosa de los Juegos: las damas de la Corte de amor, los pajecillos, los músicos, los timbaleros, los estandartes, la guardia amarilla, ruidos, colores, formas, y no comprenden.

¿Qué sucede para tanta bulla? ¿Que un poeta ha rimado unas estrofas?

¡Brava cosa, en verdad!

Si fuese el cortejo una victoria, como las de San Quintín y Lepanto, o siquiera el anuncio de una derrota, ¡la pérdida de la Invencible!..

¡Pero unos juglares!

¡A fe que valía la pena de turbar el eterno sueño de los Emperadores y Reyes!

Y, desdeñosos, vuelven a arrodillarse sobre el mármol de sus tumbas, reanudando la perpetua plegaria de su actitud, que no brota de sus labios de metal...

**

Todo esto no quiere decir que yo repruebe la celebración de Juegos Florales en el magno patio del Monasterio.

Mis susceptibilidades de artista que siente la armonía de las piedras con su destino, no son sin duda nada ante la necesidad de adaptarse a los tiempos y a las exigencias de lo real y tangible.

El Escorial, que a mí me gustaría más cuanto más solitario y triste, rodeado sólo de algunas chozas de

adobes, y teniendo en vez de cómodo Hotel una humilde hospedería monástica, hace bien en querer adelantar, atraer viajeros y veraneantes, convertirse en estación de estío, como lo permite su clima fresco, sus tónicos y vigorizadores aires, su sierra salubre, las condiciones que atesora.

La cosa no será muy felipeña, pero es sensata. Hay que ponerse en razón.

Y en cuanto al Certamen, es verdad que ya no despiertan interés por sí solos esta clase de festejos, que se han prodigado excesivamente; con todo eso, que se han prestado atractivo y les permiten arraigar en las costumbres, los Discursos de los mantenedores, o por mejor decir, los mantenedores mismos, que pronuncian o leen su oración en persona, lo cual satisface el ansia, natural, legítima y loable, de ver de cerca, en localidades donde nunca suelen poner los pies, a las eminencias políticas y literarias.

Tal es la talla del mantenedor, tal el vuelo del Certamen; y en el Escorial, al elegir a Benavente, han andado muy acertados, porque, según queda dicho, la misma discusión que hoy mantiene hace más moderno si cabe, al autor de *Los intereses creados*.

**

Yo, que soy partidaria de Francia en esta contienda, y lo fui siempre, por afecto vivaz a esa nación, debo proclamar que Benavente se cuenta en el número de los que tienen derecho a opinar como les plazca y decir lo que les acomode, sin que nadie por tal motivo les denigre.

Hay en cada país una docena, o docena y media, o pongan ustedes si quieren dos docenas, aunque me parece extenderse mucho, de personas con plenísimo derecho a emitir su parecer.

Lo más modesto a que puede aspirar un hombre eminente, es a la libertad de su criterio.

Se me dirá que todo el mundo está investido de un derecho igual.

Materialmente, sí; moralmente, tal vez no.

El que ni entiende, ni siente, ni sabe, ¿por qué ha de opinar?

Y sin embargo, es lo contrario lo que ocurre: los sobresalientes no pueden abrir la boca sin que se les echen encima.

Los del montón, digan lo que digan, es como si cantase el carro; nadie los impugna.

Por esto picaban la curiosidad las «declaraciones» de Benavente en el Escorial.

¿Afirmaría la evolución de sus ideas? ¿Sería un nuevo paso en el camino que *El collar de estrellas* inició?

Lo ha sido en efecto.

El discurso, por mejor decir su sentido, no difiere mucho de lo que un Vázquez Mella pudiese afirmar.

Benavente canta un himno a la religión, hace la profesión de fe más espiritualista, entona una cantata a la patria, y, en suma, se ratifica en cuanto parecían indicar sus últimas manifestaciones.

**

¿Qué consecuencias traerá tal cambio, para la dramaturgia del célebre escritor?

¿Va a seguir, en las tablas, la ruta de *El collar de estrellas*?

Por mi parte, y mirando sólo a lo artístico, confieso que preferiría que su Musa, con independencia de las cuestiones históricas y políticas presentes, se moviese con libertad hacia uno y otro lado, y ya recogiese, en el fondo popular, los vigorosos brotes de la tragedia antigua, como en *La malquerida*, ya cultivase la sátira amarga y pesimista, bajo apariencias de alegría italiana, de *Los intereses*, ya excursionase al través de las costumbres y los vicios contemporáneos, y diese hermanos numerosos a tantas comedias encantadoras, ya navegase en los mares de fondo de la psicología, como en *La noche del sábado*, ya ahondase en la convención social como en *La Princesa Bebé*...

Y yo espero que así será.

Lo más digno de atención, en los escritores de altura, son ellos mismos, su labor, su esfuerzo por añadir una página a los anales de la belleza y del conocimiento de ese eterno desconocido que se llama el corazón humano.

Y respetando mucho todos los dictámenes de Benavente en el horrible pleito europeo, no les concedo sino valor secundario, al lado de lo que nos reservan este año, como fruto de su fecunda pluma, los escenarios de Madrid.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El famoso comediógrafo Jacinto Benavente, por tantos conceptos actual, lo es doblemente ahora, a causa de la acalorada polémica que sostiene con varios periódicos, a causa de su germanofilia, profesada en diversos escritos.

Tal vez la palabra *germanofilia* parezca un poco burda, y, desde luego, es muy trillada, gastada y revieja; un año entero de baqueteo la ha marchitado de tal suerte, que aburre hasta pronunciarla. No obstante, acaso por su misma vulgaridad, no hay mejor modo de que se entienda lo que reprochan a Benavente no pocos de sus antiguos admiradores, y lo que le gana las simpatías de bastantes que acaso no lo fuesen sin restricciones numerosas.

La política militante se ha mezclado en el asunto. Y la política, amalgamada con la literatura, es peor que la sal unida a los calomelanos.

De la amalgama consabida no puede salir cosa de provecho.

Las letras no ligan con la política (hablando en general,) y claro que cuando la posteridad se ocupe de Benavente, estudiará su obra y sus tendencias, pero no otorgará gran valor al hecho de que, en esta conflagración (otra palabra lacia y manida), sus simpatías hayan estado de parte de los aliados o los teutones.

Sin embargo, como todo tiene su porqué y su raigambre honda, el cambio de aspecto de la personalidad literaria de Benavente, muchos lo han visto anunciado en su última (creo que en efecto es la última) producción, *El Collar de Estrellas*. El *danunista* - perdonese el voquible - se ha convertido en un espiritualista cristiano.

**

Yo ya sé que, en el momento presente, lo mismo se puede abogar por el pro que por el contra de infinitas cosas.

¿Qué concepto de la vida y del mundo y de lo natural y de lo sobrenatural envuelve el hecho de ser partidario de Alemania, hoy en día? Unos afirman que para inclinarse a Alemania hay que sostener, con Carlos Octavio Bunge, que el derecho es la fuerza, que no hay más ética, y que por ahí se va a la grandeza y poderío de las naciones y de las razas; mientras otros declaran que el triunfo de Alemania es el triunfo del criterio cristiano, de la causa del orden basado en principios morales, y la destrucción o cuando menos el vencimiento de los materialismos que minaron las sociedades, y llegaron a amagar su ruina, la caducidad de los ideales que la tradición había consagrado.

¿A cuál de estas soluciones se inclina Benavente? Si juzgo por su discurso en los Juegos Florales del Escorial, a la segunda.

**

Los Juegos Florales del Escorial - y va de digresión - me han interesado; entre los Certámenes análogos que cada día anuncia la Prensa, por el vivo contraste que forman, no sólo con el Monasterio y su fábrica severa, herreriana, sino con la figura que todavía parece habitar, como un duende, los sombríos muros: la de Felipe II *el Prudente*, así le llaman sus apologistas.

El aparato clásico de estos festejos, que tiene tanto de brillador y teatral; la corte de amor, la Reina de la belleza, los pajes, el poeta laureado, con su flor natural - entre los dedos pulgar e índice -, todo lo que intenta hacer revivir una hora el ambiente de las justas trovadorescas provenzales, se despega, na-